

chirimías y albogues, zampoñas y caramillos, cuyos nombres apenas se conservan en romances pastoriles y en novelonas tediosas y narcóticas. Entonces sintieron el pánico los enemigos, pues comprendieron que aquellas horribles disonancias y aquel instrumental anacrónico (más parecido á maquinaria de guerra por los apretados parches de soldadura que fingían resanar heridas de bala, que á pacífico artificio de placer), sólo podía ser heraldo y anuncio de un temeroso y feroz ejército de salvajes antropófagos. El señor conde, á la chita callando y seguro de realizar una gran maniobra estratégica, salió á buen compás de pies seguido de su golpe de tropa y dejó la población en manos de Porfirio. Los muchachos, que eran de humor maleante, rieron á más no poder de aquella huída tan graciosa y descansaron en Tlapa unos días, pues el jefe despachó con su música á otra parte á los doscientos hombres de Jiménez y á toda la indiada inerme y melómana.

*
*
*

A fines del 65, Porfirio era dueño de Tlaxiaco, y después de derrotar á Visoso y conseguir nuevos elementos y tropas, cerraba la campaña con los triunfos de Tehuizingo, Piaxtla, Tulcingo y Comitlipa. Tras muchas correrías llegaron á Tlapa, que para la pobre y desmedrada

reunión era puerto y refugio en que se guarecía cuando apretaban los enemigos ó escaseaban los mantenimientos.

Los que se figuren que en aquellas épocas era todo vivir y prosperar, deben saber que los soldados de Oriente ganaban haberes de doce centavos al día, y que los jefes no percibían más que sueldos nominales, sin ver nunca una peseta real y verdadera. Y como en la tropa aquella no se robaba, ni se imponía préstamos, ni se plagiaba á nadie, era imposible seguir viviendo así. En cambio, los pueblos no se hartaban de llenar de bendiciones á Porfirio: le daban espontáneamente cuantos bastimentos necesitaba, le ofrecían las armas que les había dado el imperio — armas que Porfirio no siempre aceptaba, pues prefería poca y buena tropa, á tropa abundante, de mala clase, mal pagada y que viviera sobre el país — y le demostraban de mil maneras su amor y su deseo de adherirse á su causa.

Un día, al llegar á Tlaxiaco, fastidiado Francisco de aquella vida de constantes penurias y de perpetua batalla, insinuó al general que convenía empezar á meterse á saco en los pueblos, pues sólo así se podría obtener recursos y escarmentar á los vecinos voltarios, que se declaraban republicanos ó imperialistas según fueran republicanos ó imperialistas los que entraran. Porfirio oyó con la sonrisa en los labios la proposición de su ayudante, y sin que éste lo aguardara, le dió facultades

para saquear **cuanto** quisiera en la próxima entrada á cualquier pueblo. **Así** penetraron al lugar, pero al presentarse en la plaza se fijaron en que los aposentadores estaban ya plato **en** mano, ingiriendo las tortillas, los frijoles, los tamales **ó** el chile que les habían llevado las



pobres mujeres. A **poco** entró el grueso de la tropa, y no hubo soldado que se **quedara** sin *taco*, plato **ó** cazuela que les refocilaran los **hambrientos** estómagos, sin que aquello les costara nada.

Se entretenía **Pancho** contemplando espectáculo tan

excepcional como conmovedor, cuando oyó la voz de Porfirio que le decía en son de burla:

— Comandante, ¿á qué hora empieza el saqueo?

El muchacho no contestó, porque estaba emocionado hasta las lágrimas: apenas pudo señalar á diez **ó** doce pobres mujeres que recorrían las filas cargadas con cazuelas de tlemole, preguntando si alguno se había quedado sin ración y si no querían repetirla los que la hubieran recibido.

— Pues por eso no ordeno saqueos, señor comandante, dijo Porfirio con intención. ¿Iba acaso á castigar á estas pobres gentes por su bondad, por su desprendimiento, por el cariño y adhesión que nos manifiestan? Para hacer eso necesitaría ser loco **ó** malvado.

Pancho acabó, como siempre, por dar la razón á su general.

De Tlapa salió la tropilla para Jamiltepec queriendo habérselas con don Juan Ortega, que llegaba acompañado de buena cantidad de gentes. Acampó Díaz en un ranchejo llamado Lo de Soto, confiado en que había cerca una avanzada que vigilaba el camino. Pancho pidió permiso al general para bañarse en el río, y el jefe se lo concedió, permitiéndole también llevar consigo á siete **ú** ocho soldados que deseaban darse un chapuzón y dársele á sus caballos.

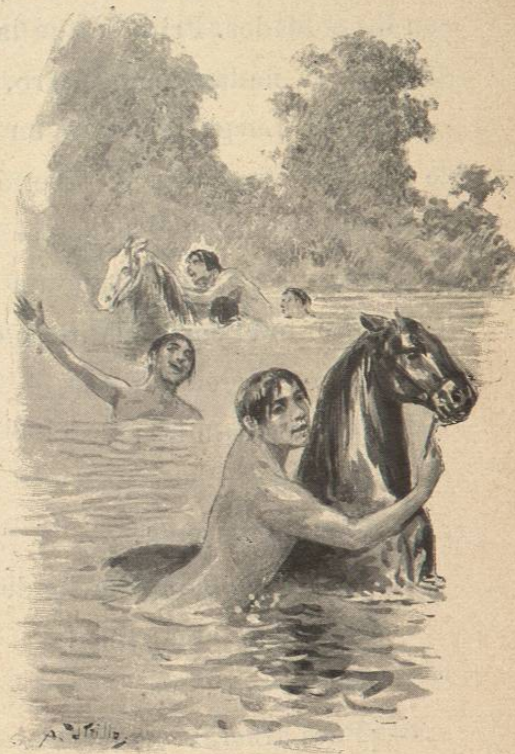
La mañana, como de los fines de Febrero, era dulce y

clara; los árboles, que no conocían las crueldades del invierno, ostentaban sus corimbos de perpetua verdura. Unos parecían guerreros empenachados que llevaban en el casco cimeras de recias y agudas púas; otros semejaban gráciles columnas con capitel de flores; otros, majestuosos y solemnes, se mostraban llenos de hojas, copados y verdes como si fueran un inmenso alcázar preparado para las aves del cielo; y en todos escuchábase rumor de picos horadando troncos, rumor de serpientes escalando ramas, rumor de insectos surcando hojas, rumor de savia ascendente, de vida en embrión, de naturaleza en funciones.

El río quedaba del campo obra de una legua; los muchachos la recorrieron mezclando sus gritos de alborozo, sus dicharachos y sus juegos al rumor que subía de la hondonada, haciendo que el oído confundiera en una sola sensación el rodar del torrente y el eco del agua que pasaba para regresar al océano, que la acogería con el amor con que la eternidad acoge nuestras vidas. Buen trecho antes de llegar al río, los bañistas empezaron á desnudarse, llegando á la margen unos descalzos, otros descamisados y la mayor parte en traje adamita. Pancho quedó un buen rato contemplando aquel torrente que corría oleoso, pesado y rojizo, y que poco antes formaba una cascadita que parecía la empolvada melena de un cortesano del siglo XVIII.

Sombreado por un sabino que se inclinaba hacia el

agua, como curioso que explorara las guijas del fondo, había un remanso tranquilo y puro donde los muchachos se echaron casi á una, impulsando á sus caballos para que se arrojaran tras ellos. Y era un espectáculo muy hermoso el de aquellos garzones cobrizos y membrudos, endurecidos en todas las fatigas y diestros en todas las luchas, sacar del agua el torso hercúleo, la cabellera brillante, las manos ágiles, y coger de la crin á los caballejos que apenas asomaban las cabezas inteligentes, las orejas agudas y las narices con que arrojaban el agua que solían tragar.



— ¡Adentro, mi comandante!

— ¡Andele, mi jefe, que el agua está como caldito!

— ¡Véngase, señor, que su caballo ya le está aguardando!

Y Pancho, al ver á sus muchachos y al oír sus gritos de gozo, se despojó á toda prisa del uniforme, se acercó á

la orilla y se echó al río levantando con su cuerpo un torrente de líquidas perlas, que se irisaron al chocar con los rayos del sol que entraban por los claros del follaje. El comandante salió á flote un momento, se zambulló tres veces, se tocó la coronilla otras tres y comenzó á jugar con los soldados. Primero fué la *culebra*, luego el *muerto*, después el nadar como perro, á volapié, de rodillas y para atrás. Luego se retiró un rato á la playa, cubierta de finísima arena y se jabonó escrupulosamente, para arrojarse de nuevo á los lomos de un caballo que asomó las ancas y seguir bregando un larguísimo rato.

De pronto el comandante se detuvo en sus juegos.

— ¿Oye, sargento?

— ¿Qué cosa, mi jefe?

— Un tiro.

— Yo no oigo nada.

— ¡Si son las campanadas de las doce!

— ¡Si no hay campanas!

— Esos sí son tiros.

— ¡Pues afuera!

Y cargando la ropa que empezaba á secarse en la arena, vistiéndose á toda prisa el uniforme y trepando en pelo en el primer caballo que se encontró á mano, salió Francisco al galope, seguido á distancia por sus diez jinetes desnudos, que parecían una tropa de centauros perseguida por las flechas de los iracundos lapitas.

Pancho no tuvo ojos sino para su general, que se encontraba en peligro. Le vió á la puerta de un jacal, lívido, mudo, los cabellos sobre el rostro, el bigote caído y con dos pistolas en las manos haciendo frente á treinta ó cuarenta jinetes que no tardarían en cogerle ó en matarle. Olivos metió talones á la bestia y no tardó en ponerse al lado de Porfirio, tapando con su cuerpo y el del caballo el agujero desde donde el general hacía fuego.

Cuando los asaltantes vieron que tenía auxiliares el hombre que buscaban, se ensañaron disparando contra los recién venidos. Éstos no eran mancos y contestaron haciendo muchas bajas entre los que acometían al general; pero cuando menos lo esperaban todos, Olivos cayó al suelo bañado en sangre. Cabalmente en ese momento salía Porfirio con nuevo *parque* decidido á continuar la pelea; Pancho pudo verle á través de las brumas que enturbiaban sus ojos, le tomó la mano, se la estrechó, y cuando el jefe le gritaba emocionado:

— ¡Arriba, comandante, arriba, que esto no es nada!

Pancho le vió con inmenso amor, le sonrió y le dijo con los últimos alientos:

— Mi general, ahí está mi caballo; suba en él y sálvese.

— No nos salvaremos dejándole á usted aquí.

Pancho ya no vió ni oyó cosa: mudado el color, la voz vuelta ronquido, los ojos tornados en blanco, yacía recargado contra la tapia del jacal.

Enardecido Porfirio, que montó á toda prisa en el caballo, dió una carga y alejó á los contrarios; pero éstos ya habían recibido nuevos auxilios y eran en número de más de cien.

— ¡Adentro, muchachos, no dejemos aquí al comandante Olivos! gritó el jefe con lágrimas en los ojos.

Mas al volver el rostro vió que la nube de jinetes ocupaba ya el frente del jacal y que era imposible acercarse.

Porfirio se alejó al tranco y disparando con ventajas; pero con el alma hecha pedazos al saber que había dejado en poder de enemigos infames el último despojo del servidor más leal que había conocido en su vida.



CAPITULO VII

Resurrección

FUÉ en una mañanita, de las húmedas del tiempo de lluvias, cuando Pancho Olivos se dió cuenta de que vivía y alentaba y que, por fin, no había muerto de aquel tiro espantoso que le entró (Dios nos libre) por el sobaco izquierdo, le rompió no sé cuántos huesos, arterias y órganos útiles, se acercó al corazón, desviándose de él una ó dos pulgadas, anduvo por el estómago y al fin se aposentó como dueño y señor en los alrededores del hígado.

No le valieron á Pancho pócimas ni ungüentos, triduos ni novenarios, drogas de botica ni vendas puestas en cruz, ni polvos de cuerno de venado, ni hierbas medicinales conocidas sólo de los pastores. Tres meses batalló entre la vida y la muerte, y apenas pasado ese tiempo, se